

MAYO Nº 5: 1987: 375 Ptas.

# MISION

Entre la comunidad y  
la conciencia

JESÚS BURGALETA

La cultura en la España

SEVERIANO BLANCO

El teatro en España

EUGENIO FERNÁNDEZ

Los teatros

ROSER BOFILL

# ABIERTO

«Forastero, y  
me acogiste»

**DOSSIER ABIERTO**

REFLEXIÓN

# Inquietante extranjería

Los emigrantes  
constituyen un  
problema social.  
protagonizan noticias  
que revelan y  
preocupan. ¿Por qué  
la mayoría asociamos  
sin causa emigrante  
con peligroso y lo  
convertimos en chivo  
expiatorio?

**E**xtranjero es por definición el extraño, el otro. El que tiene patria, color, lengua, costumbres... diferentes. Señalarlo como tal es una operación básica de ordenación, de diferenciación e identificación. En efecto, el espacio real y simbólico se estructura mediante líneas que lo re-parten. Así las fronteras establecen una lógica del dentro/fuera, nosotros/ellos... Ordenación formalmente simétrica que instaura la desigualdad radical. Por separación y distinción frente a los otros se define la identidad y unidad del nosotros. La exclusión de lo diferente refuerza la cohesión de lo igual.

Hasta aquí cada uno en su sitio y todo en orden. El problema comienza cuando el extranjero abandona su lugar y se introduce en el nuestro, cuando el de fuera se nos mete dentro.

## EXCLUSIÓN NORMALIZADA

La condición de extranjero no es, sin embargo, uniforme. Aquí y ahora hay dos prototipos: los exilados políticos y los emigrantes. Los primeros normalmente no generan grandes problemas porque suelen ser pocos, provienen de las élites luchadoras, víctimas de situa-

ciones excepcionales de opresión, que gozan de esa aureola y suscitan solidaridad y, además, porque, agradecidos a la nueva patria de la libertad, se integran fácilmente. Los emigrantes, por el contrario, empujados por su miseria irrumpen masivamente en países desarrollados y representan una amenaza para el bienestar de sus habitantes naturales.

El problema habitual y preocupante para nosotros son los inmigrantes. Precisamente por la magnitud del hecho, sus explicaciones pretenden ser técnicas y neutrales. Las predominantes resultan, sin embargo, llamativamente desproblematizadoras a fuer de bienpensantes.

De entrada la denominación de extranjero es ajena a los protagonistas. Se hace desde una posición propia y superior que atribuye el mal a los otros y nos

justifica. Así se dice que el problema deriva de la inmigración misma y consiste llanamente en un conflicto de intereses, agravado en épocas de crisis a medida que disminuyen los puestos de trabajo y los recursos sociales. Se trata de un problema ajeno que nos sobreviene y complica los nuestros. Por tanto, el rechazo hacia los extranjeros no es una muestra de xenofobia, menos aún de racismo, sino una reacción lógica ante un competidor desleal. Las manifestaciones de hostilidad son sólo brotes ocasionales en momentos y lugares de especial tensión, episodios pasajeros y minoritarios. Pueden producirse conductas violentas que requieren soluciones urgentes, pero son circunstanciales y no ponen en peligro la salud del cuerpo social ni cuestionan su integridad ética. Se trata de excepciones que confirman la regla del universalismo y la tolerancia propios de nuestras sociedades desarrolladas.

Sin duda esa explicación en clave económica, que es nuestro código dominante, tiene mucho de cierto. Pero es también claro que normaliza el problema a costa de minimizarlo y desplazarlo. Tanto interés en neutralizar el conflicto y justificarnos suena a racionalización. La insistencia en la solidez de la sutura habla, sin querer, de la gravedad de las heridas.

Lo más grave es que esas interpretaciones condicionan las soluciones. Ante todo permiten suponer que las causas del problema vienen de fuera y, por tanto, su remedio corresponde a otros. Su lógica es bien simple: los inmigrantes vienen porque les interesa, porque quieren; porque nos prefieren. Su recorrido se inicia con una decisión racional guiada por la búsqueda de lo mejor. Les atrae un modo de vida más desarrollado y más libre, que se contrapone al suyo primitivo y pobre. Se introducen, así, en la dinámica del progreso. Y eso exige asumir sus reglas y ser consecuente. La lógica misma de la inmigración conduce a la integración como a su fin último. Eso implica, aunque les cueste aceptarlo, el abandono de su patria, su lengua, sus señas de identidad; y su sustitución por las de aquellos cuya prosperidad; libertad etc. admiran y desean para sí. Es la condición objetiva para conseguir esos beneficios, y el precio que tienen que pagar por ellos. Todo el proceso, desde la iniciativa al resultado, depende de ellos. Se establece, así, una lógica pura de la extranjería. Además, por derivar de la miseria ella misma se esfuerza por desaparecer. Todo hace que la solución para el extranjero sea dejar de serlo.

A esa negatividad impuesta le exigimos un milagro. Para nosotros los inmigrantes nacen cuando cruzan la frontera. Nacen sin gestación, rompiendo precisamente con su origen, sus raíces y símbolos propios. Existen en el desarraigo. Su lugar es el desplazamiento, una patera en el estrecho..., un suburbio. Y su tiempo la huida hacia adelante, un permiso de residencia, un futuro incierto. Están divididos. Son estigmatizados por lo suyo: primitivismos, pobreza..., pero les hace fuertes lo que les falta y desean. Con frecuencia son ilegales, requeridos como trabajadores productivos. No son de donde están, ni podían sobrevivir allí de donde son. Se identifican con lo que han abandonado y necesitan lo extraño hasta el punto de quemar su vida para conseguirlo. Esa condición doble es su condena y su suerte. Sorprendentemente se sostienen en ella, progresan y crean nuevas identidades mestizas combinando huellas antiguas y valores nuevos. Su existencia mixta y su presencia requerida y rechazada dibujan

un doble desajuste: el suyo y el nuestro. Encarnan un conflicto, un reto y una posibilidad inédita.

#### EL DRAMA DE LA INTEGRACIÓN

La medicina que suele ofrecerse es simple: la integración. Asimilación a la identidad superior y universal de una sociedad organizada como nación y Estado, que olvida sus orígenes en el mestizaje y que suele reaccionar ante la inmigración encastillándose y rechazando la oportunidad de convertirse en sociedad multiétnica, multicultural, multireligiosa. Tal integración es una experiencia empobrecida de la inmigración reducida a factor de enriquecimiento económico. Además funciona como coartada. Por una parte, para que la asimilación sea posible es necesario que la inmigración sea lenta, de suerte que los inmigrantes son los más interesados en ser pocos y controlarse. Por otra, en la medida en que alguien no se integra permanece como extranjero y concita un rechazo que el mismo se busca.

Las exigencias de la integración van mucho más allá del evitar problemas. Su rigor muestra claramente su crudeza y sus paradojas. En los inmigrantes que se esfuerzan por resultar útiles, que se hacen valer sin hacerse notar, que cumplen

las condiciones impuestas y, por tanto, están en las mejores condiciones para la integración, se explicita la gravedad de un conflicto «preferido»: Hacerse a sí mismos a fuerza de negación de sí, de renuncia y de olvido; construir su futuro relegando su pasado. Son arrastrados por la necesidad y no tienen salida deseable. Están atrapados. Ni siquiera el integrarse está en sus manos. Si lo intentan dependen de la otra parte. Si se resisten, se condenan a no pasar de ser trabajadores-huespedes, habitantes de la explotación y la melancolía. Su negativa a la asimilación refuerza la debilidad de su extranjería.

Tampoco el extranjero empeñado en dejar de serlo, cómplice de la lógica de la asimilación, tiene el problema resuelto como se le prometía. Al contrario, se convierte en huérfano en busca de nueva patria y nuevo nombre. Si, como decía Rimbaud, yo soy siempre otro, el extranjero tiene que dejar morir su yo para ser otro. Herido por esa muerte y prohibido el duelo, trata obsesivamente de llenar el hueco, mientras cultiva la negación de sí y refuerza al otro que es su ideal y su señor. El extranjero en proceso

Al pronunciar la palabra «extranjero» todavía nos suena a alguien extraño y lejano

Fotografía: Esther Lozano



La Iglesia católica, en diálogo con las demás Iglesias cristianas y las otras Comunidades Religiosas, puede hacer una contribución importante a la definición de una nueva Europa pluricultural, abierta al resto del mundo, ante el desafío que plantea el pluralismo cultural, sobrevenido con las migraciones. El aporte de los colectivos Inmigrantes será también, en adelante, patrimonio común de los europeos y de la misma Iglesia.

La Iglesia católica está llamada a jugar un importante papel educativo en el seno de la Unión Europea; en la formación de las conciencias nacionales y étnicas; para la construcción de la paz de una Europa que asuma plenamente su diversidad étnica, lingüística, cultural y religiosa. Debe contribuir a que la cultura y la identidad europeas se inscriban en el marco de una Europa abierta al resto del continente en su conjunto y al resto del mundo en un espíritu de solidaridad y cooperación. Lo que implica contribuir en el esfuerzo de definir los valores sobre los que debe construirse Europa.

Es también deber de la Iglesia mostrar la estrecha relación existente entre el desarrollo económico de Europa y el del resto del planeta, para contribuir a la edificación de una Europa abierta al mundo entero en un espíritu de solidaridad y de cooperación internacionales.

Está llamada a comprometerse y optar por la igualdad de derechos entre los Inmigrantes de terceros países y los ciudadanos europeos, evitando de este modo que la aplicación del Tratado de la Unión sea fuente de nuevas y mayores discriminaciones.

La Iglesia católica ha de dar ejemplo de la calidad de la acogida que ella practica; asumiendo en el interior de ella misma el desafío de nuestro tiempo de educar para el pluralismo; y así trabajar para que los sistemas educativos —la escuela en primer lugar— integren el pluralismo cultural en el proceso educativo, para lo cual, deberá aprender primero a escuchar la diversidad, sin tener miedo a la discrepancia. La educación en el pluralismo de la sociedad es un desafío de nuestro tiempo. M. A.

extranjeros. A la vez ellos se vuelven extranjeros en su propio país de origen, extraños para sus padres y para sus hijos. Con más frecuencia, en una nueva vuelta de tuerca, los hijos de inmigrantes se vuelven nacionalistas militantes, fanáticos de la identidad dominante, mientras se avergüenzan de su identidad originaria e intentan borrar sus huellas. Esperan contar porque sus padres, asesinados simbólicamente, ya no cuentan. Su conducta a veces es cruel, pero no hacen más que imitar la que tienen con ellos aquellos a quienes deben asimilarse.

Tales resultados no son fruto de errores de cálculo, sino efectos de la estructura y la lógica dominante del proceso. Responden a la alternativa impositiva: integración o exclusión. En todo caso eliminación de la diferencia. Quien

intenta sostenerla y se afirma en ella, concita todos los males del extranjero. Afortunadamente la realidad cotidiana no es tan rígida como esa lógica y los cuerpos físicos y sociales son permeables. En los encuentros, además de choques, se producen múltiples intercambios e hibridaciones. Entre la exclusión y la asimilación se abre paso el camino de la impregnación y fecundación recíprocas.

Por un motivo y por otro, tanto la interpretación como la solución predominantes son manifiestamente inadecuadas. No potencian lo mejor, crean dramas y no responden a cuestiones básicas: ¿Por qué el extranjero no resulta neutro cuando no es un competidor? ¿Por qué sigue siendo marginado cuando es un trabajador útil, no conflictivo y con manifiesta voluntad de integración? ¿Por qué la mayoría asociamos sin causa emigrante a peligroso y con facilidad lo criminalizamos y lo convertimos en chivo expiatorio? ¡Reveladora conversión del extranjero en portador y purificador de nuestros males, y por eso expulsado!

#### CONSTRUCCIÓN SOCIAL

##### DE LA REALIDAD DEL EXTRANJERO

Esos comportamientos indican que la figura del extranjero e inmigrante está sobredeterminada. Proyectamos mucho sobre ella. La concentración de cargas y signos negativos y la agresividad de nuestras reacciones sugieren que en esta relación cristalizan conflictos profundos que afectan a nuestro mundo vital, cultural y social, a nuestra misma identidad como sujetos. Hay una construcción social de la realidad efectiva del extranjero.

A pesar de ser manejada con una lógica simplificadora, la condición de inmigrante no es simple, ni se da de repente y de una pieza. Se trata de una composición, de un constructo que mezcla muchas variables. No todo el que viene de fuera resulta automáticamente extranjero, ni se lleva ese estigma por el hecho de haber cruzado una frontera. Depende de su procedencia, cualificación, imagen... La condición de extranjero no es un hecho natural, una denominación de origen, sino el resultado y la marca de una investidura. Nadie es extranjero solo y por sí mismo. Así

de integración encarna el amor al amo. Busca su aprobación, defiende sus intereses, cultiva sus ideales, sueña sus sueños. Confía ser reconocido haciendo lo que se espera de él, lo que le mandan. Trata de ser alguien haciéndose siervo sumiso. Es, paradójicamente, un ciudadano modelo. Construye su identidad en la enajenación. Proceso dramático, cargado de ilusiones y frustraciones. No hay reciprocidad con los sumisos y humillados. Al contrario, a mayor subordinación más sacrificios exigen los amos. El desarraigo no es liberación. Y la integración da nuevos vínculos, pero son lazos que aprietan y a veces ahogan.

No es excepcional que los extranjeros semiintegrados se conviertan en defensores de la nueva patria y reproductores celosos de la cadena jerárquica de la exclusión ante la llegada de nuevos

nos denominan otros y lo somos para ellos. Se deviene tal como consecuencia de una relación que implica dos partes, de un enfrentamiento y de la consiguiente división de valores y caracteres entre fuertes y débiles. Resulta de una combinación de proyecciones y atribuciones.

La inmigración es una encrucijada múltiple, un hecho extraordinariamente complejo. El espacio en el que se desplaza el inmigrante es físico, económico, lingüístico, cultural, simbólico, religioso... (P. BOURDIEU *Préface à L'immigration de A. SAYAD*, Bruxelles, Editions Universitaires, 1991, p. 15). Para explicar el fenómeno hacen falta la historia, la economía, la demografía, la psicología... Todos esos hilos tejen o enredan su trama.

Además la superficie de ese espacio no es uniforme. La opinión pública discrimina, en el doble sentido de la palabra, a los extranjeros. Introduce divisiones hacia fuera y también dentro de ese campo. Construye una «escala de los otros» según raza, cultura, religión, poder... (Colectivo IOÉ *Hacia un análisis sociológico de la inmigración en Política y Sociedad* 12 1993, p. 73). Los de fuera que presentan rasgos similares a los propios son fácilmente aceptados, e incluso son favorecidos si aportan cualidades deseadas: color rubio, dinero o fama. Esas coordenadas configuran un «campo de rechazo de geometría variable» (Colectivo IOÉ *Discursos de los españoles sobre los extranjeros*, C.I.S., 1995, p. 108). No es lo mismo un ingeniero polaco católico o un millonario árabe, que una negra dominicana o un moro. Aunque todos sean inmigrantes, unos resultan más extranjeros que otros.

La condición de inmigrante añade a la división estructural entre lo propio y lo extraño una historia que explica su complicada trama. La configuración moderna de las identidades colectivas está estrechamente ligada a la constitución de naciones-Estado cuyo perfil más notorio son sus fronteras. Con tales instituciones se erige la división. La pertenencia a las mismas otorga la dignidad de ciudadano con sus derechos, igualdad y solidaridad básicas. Con los otros rige la diferencia y no hay medida común; no son sujetos de derechos. Tam-

poco de deberes, salvo que se introduzcan en el territorio, en cuyo caso se les aplican estos más que aquellos. Hay una xenofobia subyacente en esa institucionalización de la identidad, que se reaviva, aun sin quererlo, cuando se insiste en los rasgos diferenciales de las identidades nacionales. Cabe pensar que la xenofobia es un exceso del nacionalismo, en especial de las naciones-Estado, pero lo grave es que ese exceso es constitutivo (BALIBAR, E. *Les frontières de la démocratie*, Paris, Editions La Découverte, 1992, p. 81). Eso explica en parte por qué los buenos ciudadanos no suelen reconocerse xenófobos. Ciertamente actúan con su lógica fundacional. Y con frecuencia justifican el rechazo apelando a datos de población, elemento básico de la identidad común.

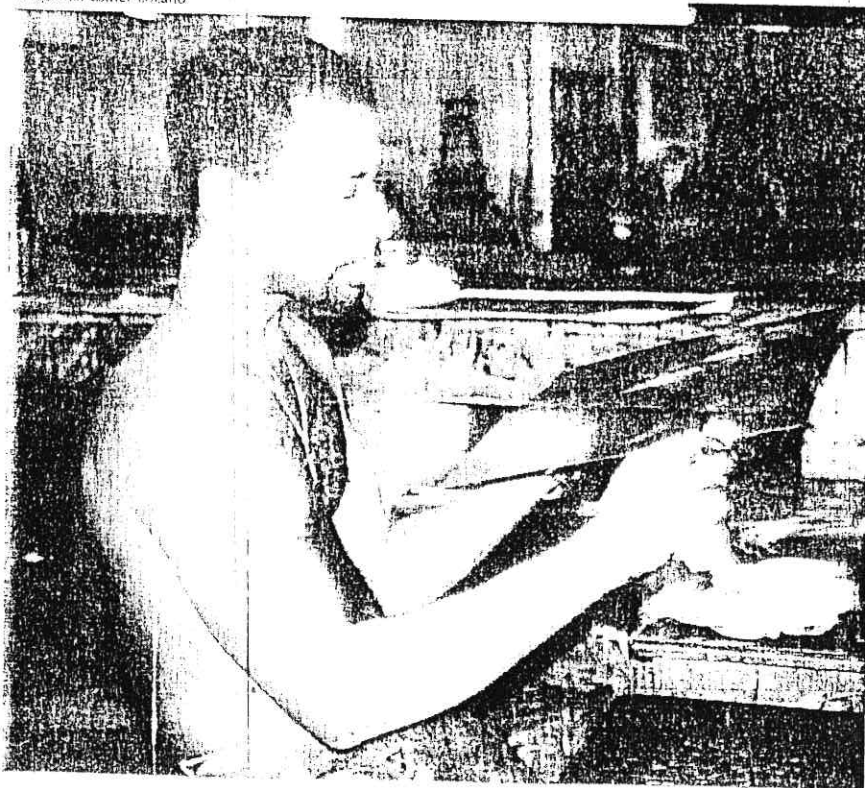
El problema tiene especial alcance porque la constitución del sujeto moderno se produce en la misma operación de construcción del Estado y presenta la misma estructura. Sujetos en sentido fuerte, es decir, reconocidos y con capacidad de ejercer como tales, sujetos soberanos, sólo son los ciudadanos de un Estado. De ahí el desgarramiento que experimenta el hombre moderno que a la vez defiende el universalismo. En la relación

con los inmigrantes se hace patente el conflicto entre los derechos del ciudadano y los derechos del hombre. Prevalecen los primeros, quedando los segundos en ideales y deseos para tiempos mejores. Una institución particular se impone a la naturaleza común y la relega. Para ser hombre hay que hacerse ciudadano.

La inmigración actual tiene, además, un fuerte componente económico. Se produce tras el colonialismo, cuando el mercado sin fronteras parece cumplir el sueño ilustrado del cosmopolitismo, en un universo unificado por la técnica y la comunicación, en el que individuos cada vez más remotos interesan como trabajadores y consumidores a los que la publicidad muestra cómo se vive en otras partes e induce a sentirse ciudadanos del mundo, invitados a moverse por él y conseguir lo que se les ofrece. Esa mezcla de desigualdad y universalismo está a la base del problema. Su virulencia deriva de las desigualdades entre países ricos y pobres, de la necesidad de mano de obra barata y de expansión del mercado, de las estrategias de inclusión sin

El problema de la inmigración surge de la gran división entre países pobres y ricos

Fotografía: Esther Lozano



igualación. También de nuestros miedos y fantasmas, celosos protectores de nuestros privilegios, mientras predicamos la libertad de movimiento ¡para las mercancías y el dinero!, no para las personas.

La inmigración es sobre todo problema de pobres, y el rechazo se ceba en los débiles. Sobre ellos gravita la investidura imaginaria y pasional del extranjero. Los rasgos de la miseria, el retraso, la ignorancia, la suciedad a los que se van añadiendo gradualmente el desorden, la delincuencia..., componen el cuadro del extranjero repugnante, sospechoso, peligroso. A ello contribuye incluso la experiencia histórica con sus prejuicios y resabios. Así en España los más cercanos, los que forman parte de nuestra historia y nos han dejado valiosas influencias e incluso herencia genética, como los «moros» y los «sudacas», son los más despreciados.

#### EXTRANJEROS PARA NOSOTROS MISMOS

Por todo eso el extranjero no es hoy el buen salvaje originario y puro, ni el romántico «otro» misterioso y seductor, sino un intruso, perturbador y siniestro. Extraño, no nos es, sin embargo, ajeno, sino que nos afecta vitalmente. Próximo

Hay que superar todos los síntomas de racismo y xenofobia existentes en nuestro mundo

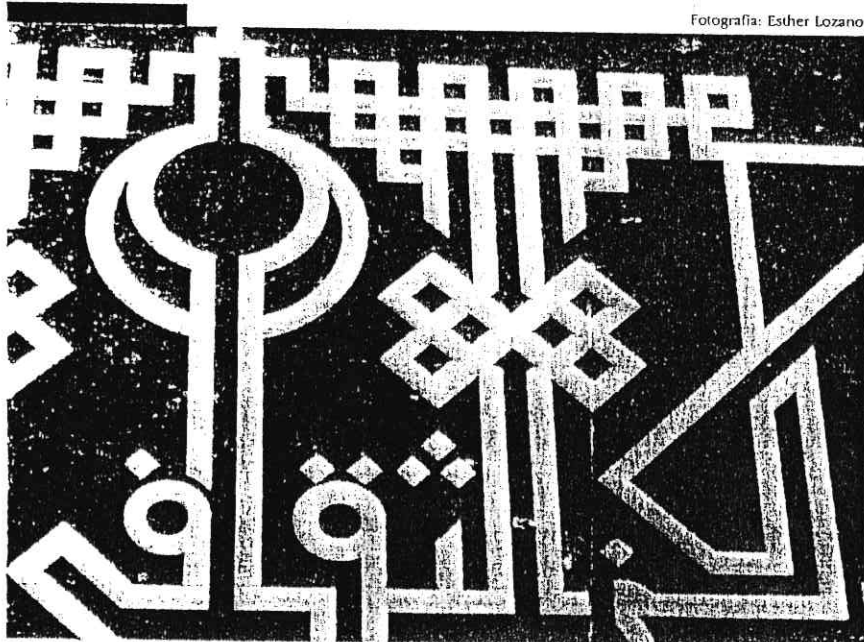
pero enfrentado, parece nuestra sombra. La relación con él no consiste sólo en el rechazo de lo diferente. En cuanto otro exterior funciona como pared que nos devuelve la pelota, como espejo que nos permite ver nuestro propio rostro. Al hablar de esos otros, hablamos objetivamente de nosotros mismos. El drama de los emigrantes pone en escena nuestro drama individual y social (BOURDIEU, P. *Préface à L'immigration de A. SAYAD*, Bruxelles, Editions Universitaires, 1991, p. 20). Quizá por su capacidad de desmascaramiento y denuncia, esa relación de retorno es habitualmente interrumpida y negada, reducida a relación ciega, sin reconocimiento en ningún sentido, que sirve a la dominación. A pesar de ello el extranjero permanece en medio de nosotros como signo y síntoma. Nos remueve, experimentamos una secreta identificación con él, sentimos que algo nuestro corre su misma suerte. Nuestra identidad no es «una y toda», no estamos sólo de un lado. «Somos dobles en nosotros mismos» y «se encuentra tanta diferencia entre nosotros y nosotros mismos, como entre nosotros y otros» (MONTAIGNE, M. *Essais II, 16 y II, 1* Paris, Garnier-Flammarion, 1969, pp. 283 y 11).

«Extrañamente el extranjero nos habita» (KRISTEVA, J. *Extranjeros a nosotros mismos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991, p. 9). La línea que nos separa de él

se corresponde con otras marcas inscritas en los pliegues de nuestra identidad singular y colectiva que nos dividen, nos estructuran y ordenan nuestro mundo. Paradójicamente el extranjero que viene de fuera y es marginado, representa nuestro otro más íntimo pero negado y excluido. Relación especular que pasa no sólo por la inversión de la imagen, sino también por la represión y la explotación. La brecha de su rechazo es herida dentro de nosotros. En la represión se reúnen lo extraño y lo familiar. Exterior y a la vez íntimo, el extranjero objetiva nuestra «extimidad» constitutiva. La relación con él es una metáfora excepcional del funcionamiento psíquico. Y la geografía de su rechazo, un plano a escala de la arquitectura de nuestra alma. El análisis hecho por Freud de como él yo expulsa lo familiar y entrañable que percibe como inquietante y lo convierte en siniestro, explica la división del sujeto y la construcción psíquica de una extranjería siniestra por immanente (FREUD, S. *Das Unheimliche* en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, vol. XVII, pp. 215-251). Extranjero es lo familiar reprimido y rechazado hacia fuera y hacia dentro. Somos extranjeros a nosotros mismos.

No se trata de extrapolaciones y analogías, sino de estructuras y procesos comunes que producen sintonías y complicidades. La constitución de la identidad se realiza convirtiendo una parte de sí mismos en otro, en «ello», objeto de represión y de silencio. (Mal)-tratamos a los extranjeros como nos (mal)-tratamos. La xenofobia no es sólo efecto de la lucha por la vida, del egoísmo y la insolidaridad, como supone la interpretación moralista. Sus raíces forman parte del rizoma que somos. Eso no justifica nada, pero explica algo más del problema y anuncia que cambiaremos esa relación en la medida en que cambiemos nuestra propia estructuración. Y, a la inversa, reconocer en su rostro la verdad del nuestro es el primer don de su amenaza y el primer paso para no detestarnos y destruirnos rechazándolos y destruyéndolos. Porque estamos divididos y enajenados, no nos son ajenos. Su verdad es transversal, nos atraviesa. Extraños familiares, son el síntoma de nuestro malestar. Respiramos por su herida.

Fotografía: Esther Lozano



Mirada de las migraciones:	Presencia de Iglesia:	Dónde y cómo:
Pluralismo cultural, étnico y religioso:	Sacramento o signo de la unidad de todo el género humano:	En la Iglesia local, parroquias, comunidades, movimientos:
Sociedades heterogéneas. La cultura ya no funciona como elemento cohesivo de la sociedad:	Contribuir a un proyecto de Europa basado en la dignidad, justicia, libertad y solidaridad entre los hombres y los pueblos:	Donde se celebra auténticamente la eucaristía; la Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en reuniones locales de los fieles que unidos a sus pastores, reciben el nombre de iglesias».
Da una identidad negativa al hombre inmigrante:	Devolver al hombre la esperanza y la capacidad de ser sujetos de su historia:	El inmigrante debe ser acogido donde vive como «sujeto» y no como «indigente», abriéndonos a los valores de su cultura:

Fuentes: Antonio Martínez, *Las migraciones un signo de los tiempos*, Verbo Divino 1995 Estella (Navarra), p. 164

Analizar esa correspondencia, interiorizar y universalizar la condición de extranjero, puede ser una forma refinada de diluir su crudeza y aprovecharse de ella explotando hasta su significado para nuestro beneficio. Para evitarlo es preciso no olvidar que todos somos extranjeros, pero de distinta manera. Algunos lo sufren doblemente, son extranjeros para sí y para los demás. Además, cada extranjero es único, requiere ser considerado en sí mismo. Y sobre todo, los problemas que hacen sufrir e incluso matan, reclaman soluciones prácticas y no sólo análisis.

No se trata de una maniobra para desdibujar sus dimensiones económicas, limar sus aristas sociales y disolver el problema, sino de profundizar en su génesis y hacer algo más que calmar los síntomas y castigar los excesos. Por ser un conflicto complejo, su solución no está en la impermeabilización de fronteras y el control policial, ni bastan medidas económicas, sociales y legales más justas, ni se puede dejar en manos de la buena voluntad de los defensores de los derechos humanos o de asociaciones benéficas. Su sobredeterminación reclama el análisis de los nudos que componen la red, la descarga de las tensiones que lo electrizan, la resignificación de las seña-

les que lo estigmatizan, la liberación de las energías que son sacrificadas.

#### SIGNO DE CONTRADICCIÓN

La experiencia histórica del judío errante es emblemática de la inquietante condición del extranjero que se ierque en esa grieta y sostiene su diferencia. Se trata del extranjero intensivo y permanente, que encarna la diferencia libre e irreductible. Tiene otra religión, constituye otro pueblo..., pero no tiene otra patria a la que devolverlo. Es ciudadano del país donde vive y desarrolla su cultura. Está para quedarse, pero no se deja reducir o asimilar como mostraron en forma extrema los «marranos», verdaderos extranjeros interiores, que a fuerza de integración terminaron desgarrados y extraños para todos. Figura de lo extraño familiar, resulta también siniestro. Catalizador de los peores fantasmas y víctima de expulsiones o de exterminio cuando suena la hora de las patrias unas y grandes y de las razas puras. El judío encarna la desgracia del extranjero y nuestro malestar. Pone en evidencia nuestra compulsión a someter a la exclusión y finalmente a la omnipotencia de la muerte todo lo que no dominamos. Encarna la trágica condición humana.

Por eso y a pesar de todo es nuestra figura. No nos identificamos del todo con nada, somos de aquí y de otras partes, podemos estar integrados pero permanecemos divididos, nunca estamos enteros. Somos constitutivamente múltiples y pretendemos lograr una personalidad íntegra excluyendo una parte, ser reconocidos renegando. El judío muestra que es un espejismo creer que la identificación logra la identidad o esperar la integridad de la integración. Tales operaciones son reductivas y no nos hacen puros, nos deshacen. Para ser más hay que mezclarse y sostener la heterogeneidad aunque sea conflictiva.

La figura del judío errante es demasiado trágica para ser un ejemplo. Es un signo. Un generador de sentido y un escándalo. Afirma el carácter positivo e irreductible de la extranjería, apunta una posibilidad digna para ella y, a la vez, muestra que su cumplimiento es imposible. Posición límite, nos emplaza en esa frontera y contradicción. Ante ese drama resulta inmoral hacerse la ilusión de que la extranjería es leve, pasajera y tiene solución satisfactoria. Pero más inhumana es la indiferencia.

Por interés antes que por altruismo nos importa la suerte del extraño que habita entre/en nosotros. Hacer posible la experiencia del extranjero que sostiene su diferencia, que aviva en la carencia y la distancia su memoria y sus deseos, sin huida hacia atrás ni hacia adelante, que construye su identidad con materiales heterogéneos y multiplica sus nombres y símbolos, es tarea que nos implica porque es también una alternativa para el extraño que hay en nosotros. Podemos renegar de la inquietante extranjería, pero así nos condenamos a la destrucción. Aunque sea lo normal es lo más siniestro. Podemos también movilizar el conflicto en vez de conjurarlo creando chivos expiatorios. Incluso si no es fácil y ni siquiera posible resolverlo del todo. Precisamente por eso importa sostenerse en la tensión sin cortar, sin desistir. Atravesar esa encrucijada es cuestión de toda una vida y cuesta muertes. En esa cruz estamos, levantados.

● Eugenio Fernández es profesor de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid).